



Memoria

Universidad de Antioquia: protagonista y testigo

Universidad y sociedad frente al siglo xxi: modernidad y masificación: Olvidos, retos y alternativas

Por Rafael Rubiano Muñoz

Un honoris causa y los olvidos

En 1945, hace sesenta y ocho años, la Universidad de Antioquia otorgó el título doctor honoris causa al destacado pensador antioqueño Baldomero Sanín Cano (1861-1957). Tanto el evento tristemente olvidado en el medio y el personaje, inaceptablemente ignorado por muchos, entre otras, la comunidad universitaria —profesores, estudiantes, administradores y empleados—, nos han de servir como colofón para poder repensar y reflexionar sobre las relaciones entre la universidad colombiana y su entorno social, en especial frente a lo que constituye el que la Universidad cumpla doscientos diez años.

En dicha ocasión, el rector de la Universidad, Julio César García, expresó al auditorio y en especial al homenajeado, que:

La Universidad de Antioquia no puede dejar de ser antioqueña; ni de vibrar al unísono con los corazones del pueblo cuyos intereses espirituales ha venido tutelando en más de una centuria, por razón del carácter ecuménico que su definición le imprime. Precisamente porque es universal y recoge los ecos de todos los ámbitos del saber y de la cultura, se hace intérprete del criterio de consentimiento universal para dar testimonio de los méritos de los antioqueños insignes y rendirles el tributo que la justicia demanda.

Ya se ha dicho que respecto del Maestro Baldomero Sanín Cano este homenaje ha debido rendirse hace mucho tiempo, lo que no quiere decir que sea inoportuno, sino por el contrario que es superabundantemente merecido y que no necesita exposición de motivos (García, 1945: 441-442).

Los principios regentes que expuso el rector, esto es, universalismo en el saber, ética y moral de sus integrantes, dirección espiritual y liderazgo en la región han sido, entre otros, algunos de los valores que han pincelado la imagen de la Alma Máter, o mejor, se han pretendido conservar, en dos siglos, desde su nacimiento a los actuales momentos. Valga decir que dichos principios —así sea que se aduzcan o se

invoquen— buscan morar como estandartes primigenios que deberían presidir las relaciones que constituyen el común habitar de la institución, pese a los innumerables conflictos, desafíos y demandas causadas en un periplo que implica por lo menos dos dinámicos procesos: el de la modernidad y el de la masificación, que van de los años sesenta a los ochenta y de estos hasta el día de hoy, respectivamente.

La modernidad es entendida aquí como un proceso social de crecimiento y de desarrollo que con- lleva cambios en lo material y en lo cultural, que implican también la superación de las formas y maneras propias de las concepciones o socializaciones del mundo tradicional. Por su parte, la masificación es comprendida como un fenómeno dentro de la modernidad que implica el aumento y el incremento de factores tanto urbanos, demográficos, económicos, políticos y sociales, que tienden a darle un dinamismo cuantitativo y cualitativo a las relaciones humanas dentro de la sociedad; son fenómenos que en su concreción o encarnación tienden a variar sustantivamente las relaciones vitales e institucionales de la universidad con la sociedad.

La apreciación de la modernidad entendida sencillamente como avance científico y tecnológico que contraviene el sentido humano; y la interpretación de la masificación llanamente como una extensión cuantitativa de la población, sin contemplar otros diversos factores, contribuyen a no tener claridad acerca de las transformaciones que experimenta la relación entre la sociedad y la universidad en los últimos tiempos. Es necesario agregar incluso que la modernidad y la masificación —tal como se ha indicado aquí— constituyen un binomio que apreciados desde las anteriores con- sideraciones, no necesariamente llevan al progreso o al avance, al adelantamiento o a la mejora sustancial de la sociedad o de las instituciones; lo ha investigado la sociología desde hace 200 años (Etzioni y Eztioni, 1968). Pero para el caso, es indudable cómo en sesenta y ocho años, si nos remitimos desde las palabras del rector a la hora actual, algunos de los procesos de modernidad y masificación —en el país en general— han sacudido a la universidad irremediablemente. Es visible cómo la transición del campo a la ciudad, la ampliación de la cobertura estudiantil, los cambios gubernamentales y del gobierno universitario, las transformaciones económicas y culturales, las variaciones generacionales, las decisiones jurídicas, las políticas estatales, científicas y tecnológicas, en fin, todos aquellos procesos de aparente evolución de la sociedad han incidido, para bien o para mal, en la universidad.

El interrogante ha de plantearse en los siguientes términos: ¿cómo poder afrontar dichos procesos a partir de decisiones racionales y con coherencia en el orden de la administración, de lo académico, de lo científico, de lo tecnológico, de lo investigativo e incluso de la extensión, sin que se vea alterada la misión de la universidad, sin que se comprometa o vulnere el carácter humano, democrático y universal del saber que hace de la universidad una institución con sentido público y no privado?

Por lo anterior, la modernidad y la masificación tienen la propiedad de alterar el rostro y la imagen de la instituciones, pero más aún, de sus principios y sus valores fundantes. Esa situación ha sido captada por importantes pensadores latinoamericanos y ellos la han estimado de modo preciso, constituyendo unas tradiciones orientadas a reflexionar sobre los temas y problemas continentales de la universidad que, pese a su existencia, no es todavía de la propiedad o de la apropiación de la comunidad universitaria. Como tradiciones yacen dormitando —valga reiterarlo— y es tarea de la universidad en su presencia social, en su diálogo con la sociedad, divulgar, difundir, hacerlos baluartes y valores sustanciales de la esencia de la institucionalidad, empero el furtivo paso del tiempo.

Una de las claves en la procura de los ideales —universales o democráticos de la educación superior— es alimentar o renovar dichas tradiciones, que fungen como diques o antídotos frente al olvido, la indiferencia o la apatía corrosiva que se incrusta en las antiguas o las nuevas generaciones universitarias. Más aún,

constituyen una barrera contra la incertidumbre que domina las atenuadas formas de participación y cultura política de los estamentos universitarios, en un contexto como el actual, en el que las consecuencias del descalabrado curso histórico de la globalización en el entorno nacional son nefastas y profundamente desfavorables para la conservación del ámbito de lo público desde la universidad.

La elevación de esas tradiciones, su empoderamiento, aviva, o dicho de otro modo, su apropiación es la mejor resistencia frente al aciago torbellino de los tiempos. Cualquier ciudadano que en la actualidad se entere de lo que escribieron los letrados latinoamericanos sobre el papel y la función de la universidad podrá obtener un rostro —no desfigurado y maniatado publicística o ideológicamente— de la importancia de la integración y la democracia para las sociedades latinoamericanas desde la vida universitaria. Todo lo anterior subyace en el pensamiento latinoamericano y se puede confirmar en los ilustrados del pasado y de la inmediata contemporaneidad de la región, quienes con sus obras y pensamiento irrigaron saber a muchas de las generaciones del siglo xix al xx. De Andrés Bello (1843) a Domingo Faustino Sarmiento (2010), de Alfonso Reyes (1992) a José Luis Romero (1980), de Baldomero Sanín Cano (1912) a Rafael Gutiérrez Girardot (2011), entre muchos otros, ellos brindan un caudal de conocimientos sobre el sentido y el espíritu público de la universidad que, si se divulgan hoy en los estamentos universitarios, permitirían comprender con conciencia, en una larga duración, lo que afecta y denigra el sentido público de la educación y el saber en estas sociedades.

Cualquier profesor, estudiante, empleado, administrador, directiva, tendrá suficientes razones o argumentos para comprender las relaciones entre universidad y sociedad al día de hoy, si se aproxima y se familiariza, si en su interior o exterior, lee y debate, polemiza o razona, lo que ha sido el papel de la universidad latinoamericana a partir de esta consistente tradición de escritores, pensadores y hombres comprometidos con el destino de América. Por supuesto, el antídoto más consistente de la universidad pública contra la modernidad y la masificación como procesos instrumentales de dominio, como modos de poder decisivos que no incluyen el sentido humano o su propiedad esencial, el espíritu crítico, es la renovación de la tradición, que implica tener conciencia de quienes la han pensado en su pasado —en sus temas, problemas y alternativas— para poder comprender los agudos e intensos procesos de cambio que vive en su interior y exterior, y enfrentar así este estado de desasosiego que inclina a la universidad a su desinstitucionalización y a la anomia que se extiende en su territorio, perdiendo así lo más vital de su construcción: el liderazgo y el ethos.

Junto a los letrados de este continente ha habido hitos históricos preponderantes. Uno de esos eventos clásicos para pensar el sentido de la universidad para las sociedades latinoamericanas fue el movimiento estudiantil de Córdoba y su reforma de 1918 (Cuneo, 1978). A cinco años de cumplirse los cien años del evento, los problemas que se encararon en dicho momento, los temas que se debatieron con ardua argumentación y las propuestas que se concretaron acerca de la transformación de la universidad latinoamericana son oportunas para reflexionar sobre los acertijos o retos de la universidad pública en este medio y tienen todavía muchas claves que permitirían analizar las promesas por cumplir. Además, es un legado que desafía al estancamiento o la parálisis que en ocasiones limita las aspiraciones que exige pensar la universidad pública en un mundo globalizado. Un valioso investigador de la universidad latinoamericana insiste en la importancia que la reforma estudiantil de 1918 tiene en el continente (Steger, 1974). Considera este científico que esos hitos históricos, en su estudio, constituyen una alternativa para considerar con consistencia analítica y con argumentos la universidad y su papel social en medio de los obstáculos y de las contradicciones que han impedido su normalización o su desarrollo en el aciago azar de los tiempos modernos.

No es una mera recurrencia u ocurrencia, por lo que es menester decirlo: sin tradiciones es imposible darle o brindarle un sentido o significado a la universidad en el recorrido del tiempo. No obstante, el olvido o la premeditada o inconsciente actitud colectiva a carecer de memoria frente a la tradición, que como lo dice el historiador Eric Hobsbawn (2003), es uno de los males del siglo xx, se bate como lastre constante en la comunidad universitaria. Si bien algunas generaciones en dos siglos han hecho, en su esfuerzo individual o grupal, una labor por dignificar el valor, la valía de la universidad —investigadores, docentes, estudiantes, científicos e intelectuales primordialmente—, otras, o muchas otras, sin embargo, en su ceguera o mutismo, han tenido el desprestigio de empañar u opacar lo esencial de la universidad.

Con todo, no es el momento de la vindicación y la efeméride; por el contrario, debe suscitar e incitar a la memoria contra el funesto olvido, más aún, contando con estos dos siglos de acumulados, experiencias, frente a los retos y las alternativas que se nos impone. Es inevitable expresar cuánto ha avanzado la universidad pública en el conocimiento y el saber, sea dicho. Los títulos de honoris causa otorgados a extranjeros y nacionales, como fue el caso de Sanín Cano, corroboran ese mutuo vínculo de empatías, afectos, reconocimientos y nexos del papel, el rol y la misión de la universidad por todos aquellos quienes en su ardor creativo son y hacen parte del cometido universal de la universidad, esto es, ser rectora de la ciencia, del desarrollo y de la paz de la sociedad.

Rememorar entonces cuántos en su ingenio y creatividad —no en la rutina, el conformismo, la resignación, la mediocridad y quién sabe qué otras actitudes— han exaltado las virtudes que hacen propiamente de la universidad una entidad de democracia y de pensamiento, ello es apenas aceptable como un diario hacer de la constitución normal de la institución creadora y renovadora del saber. Pero el camino hacia el esplendor, la gloria y la dignidad de la universidad, su legitimidad y prestigio ante la sociedad, no es obra de algunas acciones o de algunas palabras; lo es su autonomía, su independencia y su libertad que, como vasos comunicativos, son algunos de los atributos vivos de su torrente estructural. Por lo tanto, aquello que impide, desde adentro y desde afuera, a que estos valores se practiquen, lo que hace es destruir y demoler las bases sociales de la universidad en cualquier tiempo. Por lo que la lucha o la concreción de la autonomía y la libertad universitarias, es y debería ser el curso de respiración normal de la comunidad universitaria al tiempo de hoy, pues todo aquello que contrarreste este legado, no solo retrasa, sino también, derruye y devasta los pilares de la relación entre universidad y sociedad.

Reconstituyendo lo público en la Universidad

En la actualidad, el diálogo entre la universidad y la sociedad debe tener un componente vital: a la autonomía se le debe agregar la polémica y el debate, el disenso antes que los consensos arbitrarios —incluso soterrados— mayoritarios y minoritarios. Una auténtica universidad, conforme a los retos que imponen la modernidad y la masificación en la globalización del siglo xxi, debe estar dispuesta a la confrontación de las ideas, a la aceptación de los criterios diferenciables —raciales, étnicos, ideológicos, políticos— de la comunidad universitaria. El mercado y la economía, la tecnología y la técnica no pueden construir esta disposición anímica; no hay máquina o tecnología hoy que pueda, en términos generacionales, construir, formar, apreciar y aprehender el sentido y la vitalidad de la tolerancia, la divergencia y la capacidad de la confrontación como virtudes de la vida pública, de la existencia íntima de la condición universitaria.

Sin embargo, si se piensan las cinco últimas décadas de la universidad en Colombia, factores negativos han concurrido en contravía de dichos presupuestos. No es necesario mencionarlos, cada cual hará la tarea de ver- se remitido en los costos sociales del retroceso —que son consecuencia de aspectos no solamente económicos, sino también generacionales, culturales y simbólicos—, y de modo autocrítico contemplar las

actitudes y las decisiones que han minado y defraudado en un largo tiempo a la universidad y, con ella, a la sociedad.

Por lo tanto, el corto plazo, la falta de planeación, la descoordinación, la crisis de sentido y la desinstitucionalización, en una batalla entre las élites y las masas, entre los individuos y las comunidades, entre los profesores y los estudiantes, entre las directivas y los gremios, entre el Estado y la universidad, la universidad y los ciudadanos, el Ministerio de Educación y su ministro y las asociaciones y docentes, han puesto en entredicho el liderazgo y la direccionalidad de la institución como punta de lanza del desarrollo, la integración y el ejemplo de la democracia de la región, ello no tanto por el carácter del conflicto, sino, más bien, por la manera y los modos de percibirlo o afrontarlo.

En la naturaleza central de la universidad y del ser humano está el conflicto. Un auténtico valor de la democracia es reconocer y saberlo tramitar, como igualmente discutir y solucionar. Por lo anterior, son urgentes algunos antídotos contra el olvido. No es la ocasión para la estrechez de miras y tampoco es la intención sostener que debemos recuperar lo que fuimos, bajo la umbría bandera que se esgrime de modo fútil: “todo tiempo pasado fue mejor”. Por el contrario, saber sortear, en términos de lo racional, de la planificación, de la discusión, aquellas banderas de las que nos ufamamos, es otro de los recursos y de las alternativas frente a las exigencias que tenemos en la era de la globalización.

Recuperar el espacio público, lo público y la opinión pública, la direccionalidad en los temas y problemas del país, y en la reconstrucción de la autoridad en el campus —no el autoritarismo—, o sea la autoridad de la responsabilidad civil y ética, en especial de la figura del profesor, es una entre muchas de las alternativas de la universidad hoy frente al siglo xxi.

Una de las mayores crisis de la institución se debe a las anomias, ese modo peculiar con que la existencia de normas, o de leyes o de formas de regulación en la universidad pasa las fronteras de lo legal y de lo ilegal, se personalizan y se particularizan, o se privatizan. El particularismo, las formas de dominio o de mando personal o grupales sectoriales que se constituyen en la sociedad sirven como réplicas y son útiles de manera oportunista en el entramado de la vida universitaria. La convivencia se traduce en una red de artimañas que, ejecutadas desde lo normativo, o sin ellas, sirven para aumentar y elevar el grado de privatización de la universidad pública. La crisis que generan las anomias y los resultados de esta peculiar segunda modernidad y masificación en la globalización que impacta dentro de la universidad, son algunos de los problemas a enfrentar en la escala de la administración y la vida académica de la institución.

Esas anomias, que son ya consecuencia de la modernidad y la masificación, debidas, entre otras razones, a las maneras como en la vida social conviven diversos autoritarismos —legales o no legales—, diferentes formas de poder —legales o no legales—, variados modos de racionalidad instrumental —personales o institucionales—, se combinan, se mezclan y se autoconservan sutil y consistentemente. Por lo anterior, a la par que se resuelven, en el largo tiempo, una serie de relaciones (entre ciencia, técnica y desarrollo; humanismo y científicidad —que no riñen—; docencia e investigación; investigación teórica y aplicada; formación y extensión universitaria; financiación y misión de la universidad, en fin), y se piensan los sentidos sociales de la cantidad y la calidad, de lo cuantitativo y lo cualitativo en el campus y por fuera de él, el escenario de las rivalidades entre autoridad, normas e institucionalidad, o cotidianidad y regulación, formación científica y experiencia individual constituirán muchos de los retos en este amplio y sentido proyecto de perfeccionamiento de la universidad pública.

Valga recordar aquí, y esto en el más sano de los presupuestos, que en los años cincuenta y sesenta del siglo xx fueron los mismos profesores los agudos observadores de los procesos de transformación de la vida

académica universitaria. Tenían una injerencia sin par en el espectro público político e incluso en el administrativo. Tal cualidad del profesor se ha ido desvaneciendo y se ha esfumado, a la vez que se ha extendido la antipatía en otros sectores de la comunidad universitaria. En las últimas tres décadas del siglo pasado, el profesor colombiano Rafael Gutiérrez Girardot publicó una serie de ensayos sobre la universidad latinoamericana, en los que desenterró sus ocultos problemas. Según Gutiérrez Girardot, en la médula de los problemas centrales de la universidad en nuestro medio está el dualismo, es decir, una pretendida universidad ideal a la que se le opone una universidad concreta y real, que en consonancia con los análisis del sociólogo Gino Germani plantea la existencia de una estructura dual en las sociedades masificadas. Esta universidad dual la entendió Gutiérrez como una universidad que se ha constituido a partir de sentidos universitarios por dentro de la universidad, que niegan su misión y sus principios. En esta universidad dual conviven el atraso y el progreso; el autoritarismo y la democracia; lo personal y lo gremial; lo normativo y lo consuetudinario; la creatividad con la rutina científica; la interdisciplinariedad con la verticalidad disciplinar; lo institucional con la informalidad; lo privado con lo público de modo indiscriminado, entre otros factores negativos del dinamismo universitario. Encontró cómo, en esta universidad dual, lo propio y local chocaba con lo nacional y lo internacional, exponiendo con ello Gutiérrez los rostros de una modernidad y una masificación incontrolada en medio de una universidad —tradicionalista, hispánica y católica— que pretende insertarse al mundo en ciencia, tecnología e investigación bajo el ropaje poco reflexionado de sus componentes históricos, antropológicos y culturales anclados en la añoranza del pasado.

Y agrega que el mayor problema es la figura del profesor. En esa universidad dual se desenmascara la figura del profesor, quien, más por necesidad que por vocación, ha tenido la tarea de enfrentarse a estas disyuntivas, sin conciencia y sin reflexión, sin análisis y menos aún sin disposición al debate y a la confrontación de su papel social. ¿Cómo pensar hoy el papel del profesor en el marco de una sociedad globalizada y masificada? No es esta pregunta anodina ni menos insulsa, pero será capital en la reconstitución de las relaciones entre la universidad y la sociedad frente al siglo xxi. Con todo, la centralidad del profesor como guía modelo y como artífice de la incidencia pública de la universidad es una entre muchas de las reconstituciones de la universidad pública, de su puesto y significado en la sociedad. Incluso, los cambios generacionales serán otra de las claves desde las cuales poder comprender los cambios que ha experimentado la universidad en los últimos tiempos y es deber de ella reflexionar este punto al respecto, que no es exclusivo de su estabilidad institucional, también es un asunto de orden estatal y cultural. No obstante lo anterior, esta figura —la del profesor— se ha deteriorado debido a muchas causas. Entre las principales, se debe a la incorporación de profesores con vocaciones ocasionales, o si se quiere, demandados por las necesidades vitales del momento, a los que les tocó en suerte, o con mala suerte, el poco prestigio de enseñar y de brindar su conocimiento, el de dictar la cátedra o investigar. Hace tiempo que la figura del “maestro”, aquel quien enseña con ejemplo a enfrentarse a los dilemas del universo — para decirlo con Borges—, se ha ido desplazando al del empleado o instructor, al del simple ejecutor de unas cuantas horas de enseñanza durante la semana, por lo que es prioritario reinventar esta figura como bien social, en su vocación y su elección, dado el desplazamiento que experimenta en las diversas funciones que cumple dentro de la sociedad y aplastado por el mercado. Maestros a la manera de Sanín Cano, el que enseña con el ejemplo, en sus principios y en su compromiso, es una de entre muchas tareas para recuperar el sentido público de la universidad, al servicio u orientados a la transformación de la sociedad.

Por otro lado, es necesario recabar en uno de esos manifiestos que, como brújula, brinda un horizonte o al menos una orientación frente al profundo problema histórico y social de repensar las encrucijadas de la

Universidad en el ámbito nacional. Nos referimos al escrito que fue la carta de la ciudadanía de la Reforma de Córdoba de 1918, en uno de sus apartes, entre otros más literales, cuando expresaba que:

Si no existe una vinculación espiritual entre el que enseña y el que aprende, toda enseñanza es hostil y de consiguiente infecunda. Toda la educación es una larga obra de amor a los que aprenden. Fundar la garantía de una paz fecunda en el artículo conminatorio de un reglamento o de un estatuto es, en todo caso, amparar el régimen cuartelario, pero no una labor de ciencia. Mantener la actual relación de gobernantes a gobernados es agitar el fermento de futuros trastornos (Reforma de Córdoba de 1918, 1978).

El aprendizaje no es de golpe, ni depende de un estatuto, ni viene consumado a partir de la acción inmediata. Es necesario un pleno y garantizado proceso de educación, y ante todo, de formación política. Ningún esfuerzo que se haga por dignificar la tarea y la función de la universidad se podrá lograr sin un respaldo- do, sólido y consistente proceso de educación política, la que lleva en su seno la libertad para la participación y la igualdad en la representación política dentro de la universidad. De ahí que, frente al estrechamiento que ofrece el mercado —oferta y demanda— unilateral y uniforme, cosificado y artificial en una dirección única, el pensar y el pensamiento como virtudes de la democracia serán las prendas de garantía para el mejoramiento y el perfeccionamiento, para el crecimiento y desarrollo de la universidad en todas sus instancias.

Y dicho ejemplo está en los esfuerzos —entre muchos más— de aquellos que día a día construyen un enlace, con sus obras y pensamientos, con su imagen y percepciones, lo que ha sido la función social —más razonable y democrática— que cumple la universidad. Pero no es solamente la obra de uno, o de unos, la que posibilita para que la institución se logre elevar frente a los traumáticos procesos que la sociedad le demanda en su anclaje a través de los conflictos sociales, sean éstos políticos, económicos, sociales y culturales, como de cualquier otro orden. Como lo afirma el dominicano Pedro Henríquez Ureña, hablando de las expectativas de futuro a nivel continental, de la utopía por realizar en nuestro continente, que:

Si el espíritu ha triunfado, en nuestra América, sobre la barbarie interior, no cabe temer que lo rinda la barbarie de afuera. No nos deslumbre el poder ajeno: el poder es siempre efímero. Ensanchemos el campo espiritual: demos el alfabeto a todos los hombres; demos a cada uno los instrumentos mejores para trabajar en bien de todos; esforcémonos por acercarnos a la justicia social y a la libertad verdadera [...].

Ahora, no nos hagamos ilusiones: no es ilusión la utopía, sino el creer que los ideales se realizan sin esfuerzo y sin sacrificio. Hay que trabajar. Nuestro ideal no será la obra de uno o de dos o tres hombres de genio, sino de la cooperación sostenida, llena de fe, de muchos, innumerables hombres modestos; de entre los cuales surgirán, cuando los tiempos estén maduros para la acción decisiva, los espíritus directores; si la fortuna nos es propicia, sabremos descubrir en ellos los capitanes y timoneles, y echaremos al mar las naves.

Entre tanto, hay que trabajar con fe, con esperanza todos los días. Amigos míos: a trabajar (1989: 6, 11).

Por eso es importante el reconocernos mediante una tradición, y en ello, el mayor esfuerzo contra el olvido es admitir lo que es y ha sido la universidad latinoamericana, un centro que ha funcionado como antídoto contra la violencia, el autoritarismo, los conflictos, la beligerancia y la irracionalidad, y como tal, ella ha buscado y ha empleado todos los medios de la palabra y del lenguaje, todos los restos racionales de la mediación simbólica del pensamiento para contrarrestar las brumas que se ciernen a partir de acciones que parecerían atarla en su natural desenvolvimiento e impedir su camino hacia el desarrollo, la paz y la conciencia de su existencia como comunidad de saber.

Un posible medio hacia la democratización y con ello hacia una racionalización de las divergencias y las diferencias inherentes a la vida universitaria, en el marco de la modernidad y la masificación, es fortalecer la opinión pública en la comunidad científica, lo que se colige con un esfuerzo de ilustración y pedagogía.

Cambios sociales y alternativas

No es un secreto que desde hace más de cincuenta años, las relaciones y los vínculos, las dinámicas y los nexos de la universidad con la sociedad fluyen de modo constante a partir de procesos de cambio; pero es el modo como se reflexionan o se piensan esos cambios, el lente de su interpretación, lo que permite que la universidad, como ideal o mito (Bonvecchio, 1997), logre acercarse o alejarse de sus principios o de sus valoraciones más caras. Frente al fenómeno de la modernidad y la masificación, es su comprensión, el encarar las causas y sus consecuencias, las incidencias y los desafíos, lo que permite que no caigamos en “la peste del olvido” o que la deriva, la desazón, así como la pesadumbre, el desasosiego o la irracionalidad, con todas las formas de violencia, inunden la experiencia o la conciencia de la institución universitaria.

Las palabras del rector en 1945 son un acicate o un antídoto para la amnesia o el olvido, premeditado o no, frente a los procesos de modernidad y masificación que azotan naturalmente las relaciones entre la universidad y la sociedad desde los últimos tiempos. Para erigir un nuevo sentido de la universidad, acorde con los retos del siglo xxi, es esencial, cuando no perentorio, e incluso prioritario, establecer un diálogo entre los mismos sectores de la universidad; pero que no sea vea como el resultado forzoso ante momentos de crisis o de penuria, sino como impulso o fuerza natural de su actividad cotidiana.

Es en el fortalecimiento del continuo pensar y discutir lo pensado, en reflexionar sobre lo que se “reflexiona”, en ilustrar la propia ilustración, no solamente en direccionar o administrar, en decidir o juzgar a ultranza, donde se haya el diálogo efectivo, los canales de comunicación de la universidad con la sociedad y de esta ante aquella. Por lo tanto, mientras mayor sea la Ilustración —quiere decir luz y conciencia, reflexividad y conocimiento—, mayor será el grado de conciencia de la universidad sobre sí misma, e inclusive es inevitable, o resulta mejor, la manera de comprender y explicar, resolver y solucionar, cómo el modo en que la naturaleza misma de la sociedad interfiere o potencializa los esfuerzos, los procesos y los movimientos propios de la universidad.

Ahora, este diálogo debe, ante todo, desmonopolizarse, debe primordialmente desabsolutizarse, romper las barreras que imponen relaciones de lealtad, clientelas o caciquismos en todos los frentes; destrozando los intereses a veces oportunistas o casuales de personas o personalidades interesadas o en su dominio personal, o en el dominio de un sector, y que han convertido en feudos los visibles o recónditos espacios de la universidad. El diálogo con todas las instancias, las ya propiamente de la universidad y las de la sociedad. Pero no puede ser una conversación continua de sectores aislados, ni tampoco con la premura o la urgencia de sacar réditos, activar liderazgos o excitar a la fama o las veleidades del reconocimiento.

Nos hemos olvidado del carácter de ágora que brinda y tiene el espacio universitario. Y ello es así, por múltiples factores, donde el principal es el de considerar, con rotundo cuidado, los niveles de educación política, de participación en la universidad, por un lado; y la apatía y el desinterés que muchos miembros de la universidad muestran frente a la institución en sí, por otro. Claro que es un problema de la universidad que, siendo social, remite a la imagen misma y a la calidad del sentido de lo público que tiene hoy la sociedad

frente a la universidad desde la sociedad misma. El ámbito y el escenario de lo público exigen responsabilidad y ella remite de modo inherente al interés, pero ante todo al conocimiento. Si, como espacio, no hay responsabilidad y exigencia frente al campus universitario, menos se hará frente al saber y el conocimiento.

De ahí que la desactivación del espacio y la simbología de lo público, que fieramente recorren la segunda modernidad y la masificación en la globalización, deteriora, en las generaciones que hoy viven en la universidad y en las que vienen o están por llegar, este legado, estos principios de la alma máter, de la rectoría de la democracia, la ética y la ciencia, del progreso y del avance de la humanidad que es la universidad. En contravía a esta forma de restringir el ámbito de lo público —que es la vida, el conocimiento, la libertad, la autonomía, el futuro, la democracia, la discusión, el debate, la tolerancia, la diferencia, la controversia, la confrontación, en fin, el universo posible de la vida universitaria—, es imprescindible fortalecer y vigorizar los muchos medios que existen y desde los cuales la universidad se conecta con la sociedad: a través de la docencia, la cátedra, la investigación, la extensión. Ellos son apenas fragmentos de una totalidad que es necesario reconfigurar.

Con todo, la efectividad de ese diálogo y el re-significado de la universidad, sus mayores posibilidades y las alternativas que puede revitalizar la innovación de la tradición, esto es, los principios sobre los cuales desde hace dos siglos le dan una noción de representación colectiva a la universidad, cabe esperar que lo sea el proyecto de regionalización, es decir, el impacto que la Universidad de Antioquia tiene en el concierto de la región y en los programas ofrecidos a pueblos y comunidades vulneradas por los conflictos y la violencia de varias décadas. El proyecto de regionalización ha de servir como modelo de una propuesta de universidad pública que retome la brújula que la ha orientado en sus doscientos diez años, aprendiendo de lo ensombrecido del pasado y direccionando su misión institucional hacia lo futuro como alternativa, entre otros logros a cumplir en el siglo xxi. ¿Será regionalización un proyecto paralelo o podrá constituirse como una nueva dirección de sus ideales y de sus principios que han sido su rectoría en estos dos siglos? Con él, la incidencia, la proyección y el perfeccionamiento de la universidad se ha ido logrando lentamente, en un mar de tropiezos, dificultades a veces de absurdos, en lo que constituye el gobierno y la administración de la universidad desde la Ciudad Universitaria, y el real gobierno y administración de la universidad desde las mismas sedes regionales.

Innegablemente, el acervo, así como la virtud de la comunidad universitaria, en lo que corresponde a la construcción de un entramado renovado de la universidad y la sociedad, es el de reconocer sus atrasos y el de potenciar la real y sustantiva potencialidad de sus fortalezas. Pero este elemento de la fragmentación universitaria exige un diálogo sincero y firme, por lo cual la manera de re-significar la universidad en la actualidad es partir de nombrar o describir las cosas como son, no alentando sus formas veladas y artificiales.

Es un diálogo firme como constante, en el que la opinión y la argumentación libre, obviamente fundada en la validación de las ideas, no se arrastre bajo la improvisación o la “astucia de la razón”, en el uso o abuso de autoridades de ocasión o de liderazgos autoritarios, los que se emplean de manera obligada y son quienes se imponen a la sazón de las confrontaciones y de las crisis de la universidad. De hecho, el primer diálogo para conocer las relaciones de la universidad y la sociedad actual empieza indefectiblemente dentro de la universidad, pero en un horizonte en el que se desactiven todas las formas de opinión monopolizadas, propagandísticas o manipuladas.

El mayor crimen que se puede cometer en la universidad a todo nivel es el de la autocensura y el de ocultar los problemas que la llevan a un declive que la inducen a su autodestrucción. De la universidad masificada de los años sesenta a los ochenta se ha ido pasando a la universidad globalizada. Es este un fenómeno perceptible y al cual no es mucho el esfuerzo que hay que hacer para contemplar el campus en esos cambios, que son generacionales, por ejemplo; nuevos estudiantes y profesores, nuevas tecnologías, nuevas formas de administración, nuevas pedagogías, nuevas demandas e intereses, nuevas expectativas o construcciones individuales y colectivas. Pero ante la novedad es imprescindible erigir los escenarios más adecuados y oportunos que nos permitan responder a la pregunta: ¿qué universidad para qué sociedad?

Como toda interrogación, no bastan respuestas inmediatas y puntuales; es el plantearse con profundo análisis lo que es y será la universidad, lo que ella demanda en las futuras generaciones y en las que existen en la actualidad. Sin embargo, como se ha señalado en estas cortas reflexiones, para enfrentar estos acertijos es necesario ubicar el dinamismo histórico que ha permitido el modo peculiar como se ha construido la Universidad de Antioquia y el enlace que como institución de educación superior en el concierto nacional ha tenido frente a los procesos sociales, políticos y culturales del ámbito nacional. Otro de los retos o alternativas es plantearse el carácter histórico del tema educativo y pedagógico que han concebido las élites políticas, las burocracias y quienes han manejado el Estado colombiano en estos dos siglos, lo que permitiría un reconocimiento de lo que hemos sido y de lo que nos deparará el futuro frente a lo que significa vivir en el siglo xxi.

De ahí que el siguiente paso al establecimiento de ese diálogo dentro de la universidad, desmonopolizado, abierto y plural, de todas las instancias de la comunidad universitaria (profesores, estudiantes, gremios, corporaciones), es concebir que el desarrollo, como punto principal del diálogo entre la universidad y la sociedad, es un problema cultural y de mentalidad, como lo ratifican los ensayos al respecto del sociólogo José Medina Echavarría (1964: 50-60), cuando dice que el desarrollo no necesariamente es un problema social cuántico, estadístico o de índices económicos, sino que es también un problema cualitativo.

Facilitar la tarea de ser un actor como un factor de progreso desde la universidad depende y es estimulado bajo valores o virtudes que se imprimen a través de hábitos o procesos acumulados en la enseñanza y el aprendizaje. No podremos valorar el impacto de la universidad exclusivamente a partir de las patentes; es necesario algo más: la responsabilidad de la ética individual y colectiva, el ethos universitario que subyace a las formas de conocimiento y de representarse el mundo. Este plus es una de las tareas de las que no está exento ningún miembro de la universidad pública en Colombia.

La conformación de la comunidad científica debe, cuando no, exige, repensar sus condiciones antropológicas, sociológicas y psicológicas frente al problema del desarrollo, sus implicaciones y consecuencias. Por lo tanto, repensar la universidad demanda reflexionar sobre la conformación de la comunidad académica, en su administración y dirección, en su políticas y liderazgo, que han ejercido una injerencia que es imprescindible cavilar sobre sus olvidos; es forzoso analizarla y aprehenderla conscientemente, si nos es dado todavía soportar los ideales, el sentido o el significado de lo que se denomina “alma máter”.

Del mito a la realidad: las responsabilidades

No cabe duda de que de los años sesenta a los ochenta concurren vastos procesos de masificación y que tienen como consecuencia, en no pocas ocasiones, los olvidos, ya que dejan rastros efímeros de lo que ha

pretendido ser la universidad, y que es obligado no olvidar- los, porque el olvido es la peor peste que puede afectar desde muchos frentes las funciones y las tareas que debe cumplir la universidad, para decirlo con Alfonso Reyes (1982: 95-102), es decir, es como la maleza, abunda y se irriga inexorablemente. Es de reconocer que pese a variadas interrupciones, o a las múltiples incertidumbres, confrontaciones, altercados e incluso formas de violencia fuera y dentro de la Universidad, ella se ha erigido (y esta es una fuerte forma de representación colectiva —en los ámbitos de las élites y de las masas—) como una importante y destacada institución (se le reconoce de común por fuera de sus mallas), que ha promovido no solamente el saber y el conocimiento, sino también ha buscado

Por lo anterior, un olvido al que no se le puede dar carta de ciudadanía en la Universidad —y por fuera de ella— es que, como institución de educación propia de la sociedad, ella no ha estado exenta de factores como la masificación y que por ello su diálogo con la sociedad exige reconocer cómo afecta y las consecuencias que tiene para su funcionamiento e institucionalidad.

Otro de esos pasos para lograr avivar este “mito” de la alma máter, el de su fortaleza institucional democrática y el de su potencial en el saber y el conocimiento universal, es reconocer sin duda que la memoria y, con ella, la capacidad de apropiación de la identidad mediante el discurso y la acción, son un salto, constituyen un aliento, quizás el primordial, en la encarnación de sus ideales, en la materialización de sus valores, frente a los desgastantes y a veces corrosivos procesos de masificación, es decir, de cambio y de transformación social, de intervención de la vida social en las vivencias, el direccionamiento y la administración de la institución universitaria.

Es importante, porque si un precepto es fundamental, es aquel según el cual la memoria constituye y le da contornos a la identidad y a la apropiación colectiva; no como recordación o nostalgia de un pasado que ya murió, sino que, para decirlo con el historiador argentino José Luis Romero, aquella es el arma contra la desazón o la incertidumbre (1988: 66), es el escenario más adecuado y desde el cual se puede establecer un diálogo entre el pasado y el presente, pero ante todo, una comunicación como posibilidad para avizorar el futuro. Por ello, la innovación de una o varias tradiciones desde la memoria, ese es el sentido auténtico entre la historia y la vida, la historia y la existencia, la universidad como mito que es una realidad.

Pero no es apelar a la memoria como instrumento de venganza, de revanchismos o de resentimientos. En esta apelación hay un nervio comunicante del mito hecho realidad de los valores y de los principios, de las convicciones y de los compromisos que hacen propio a aquel que se sienta miembro de la Universidad de Antioquia. Es inocultable que en los muchos sectores que ha avanzado la institución y en los muchos procesos tanto internos como externos desde la docencia, la investigación y la extensión, el nombre de la Universidad de Antioquia es reconocido, es motivo de exaltación y de distinciones, además de muchos méritos, por lo que esta circunstancia no impide recabar en sus dificultades como en muchas de sus contrariedades.

Hemos elegido los escenarios problemáticos que enfrenta la relación entre universidad y sociedad, no con el ánimo de agraviar, ni mucho menos menoscabar tanto el significado como la efeméride a propósito de los doscientos diez años que celebra la Universidad. Dichos escenarios de reflexión han de suscitar la idea de que el camino que ha llevado a la consolidación de la institución como centro de educación y de conocimiento, de enseñanza y de formación, en particular, en los últimos cincuenta años, no está exento de contradicciones, de peligros, así como de amenazas en lo que constituye su razón de ser. Por el contrario, esos escenarios, dentro de un prolongado ciclo de modernidad y masificación, si se piensan y reflexionan en

la universidad, han de incitar y motivar las vías que contribuyan a la solvencia y, más aún, a la renovación de sus ideales, de sus tareas, de sus misiones y de sus impactos y consecuencias frente a la sociedad, e incluso de todos los estamentos mismos en la vida universitaria.

Al inicio de este escrito comenzamos con las palabras del rector de entonces, en ocasión del honoris causa al insigne y prestigioso antioqueño Baldomero Sanín Cano, y para refrendar lo contenido aquí, como una vez más se ha indicado, cerramos con las palabras del insigne homenajeador en respuesta a tan coincidente suceso, que es un soplo, pero ante todo, un posible andar al desafío, al reto, a la alternativa de pensar la Universidad de Antioquia en esta contemporaneidad. Dice Sanín Cano:

Aunque no soy universitario, estos muros augustos y los méritos insignes de esta ilustre universidad no me son desconocidos. Aprendí desde niño a mirarlos con respeto y el título que procedía de estas aulas y de este consejo era por mí aceptado entonces y lo es ahora como inequívoco testimonio de mérito y de conocimiento. Además, cuando pasados los años y llenando funciones de acuerdo con otro certificado de estudios vine a Medellín fueron mis amigos personas de saber, de carácter, de nobles tradiciones que aquí sembraron la semilla del conocimiento y echaron las bases y fundaron las tradiciones del espíritu verdaderamente antioqueño... Por aquí vagan las sombras de grandes hijos de Antioquia que fueron mis amigos en tiempos que no se olvidan y que no dejará de recordar inmarcesiblemente la historia cultural de esta bella y fecunda comarca de dotes intelectuales (1945: 449).

Los muros de la universidad no son simplemente muros, como lo admite y lo reitera Sanín Cano. Conforman espacios, tienen vida, que afirman las amistades y los saberes, el intelecto, entre otros aspectos. La universidad es un entorno donde se han de ennoblecer el pensar y el escribir como formas del bien social, y gracias a ellos, como lo expresó Alfonso Reyes (1982: 95-102), se ha podido dignificar su misión. Por lo tanto, no nos han reconquistado la maleza y el desierto, la peste del olvido o el sino de la violencia y la barbarie.

Referencias bibliográficas

- Bello, Andrés. (2012). "Discurso de inauguración de la Universidad de Chile". Cuadernos de Cátedra Libre, (6), 9-34.
- Bonvecchio, Claudio. (1997). El mito de la universidad. México: Siglo XXI.
- Cuneo, Dardo. (1978). La reforma universitaria (1918-1930). Caracas: Biblioteca Ayacucho.
- Etzioni, Amitai y Eva Etzioni. (1968). Los cambios sociales. Fuentes, tipos y consecuencias. México: Fondo de Cultura Económica.
- García, Julio César. (1945). "Baldomero Sanín Cano. Discurso del Rector de la Universidad, doctor Julio César García, al entregar al maestro Sanín Cano el título de 'Doctor Honoris Causa'". Revista Universidad de Antioquia. (71-72), 441-447.
- Gutiérrez Girardot, Rafael. (2011). La encrucijada universitaria. Medellín: Asociación de profesores-Universidad de Antioquia.
- Henríquez Ureña, Pedro. (1989). "La utopía de América". En: La utopía de América (pp. 3-11). Caracas: Biblioteca Ayacucho.
- Hobsbawm, Eric. (2003). Historia del siglo xx. Barcelona: Crítica.

- Medina Echavarría, José. (1964). Consideraciones sociológicas del desarrollo económico en América Latina. Buenos Aires: Solar.
- Reforma de Córdoba de 1918 (1978). "A la Juventud argentina de Córdoba a los hombres libres de Sud América, Argentina, 1918". En: Dardo Cuneo. La reforma universitaria (1918-1930) (pp. 3-11). Caracas: Biblioteca Ayacucho.
- Reyes, Alfonso. (1982). "Utopías Americanas". En: Obras completas. Vol. XI. (pp. 95-102). México: Fondo de Cultura Económica.
- . (1992). "Notas sobre la inteligencia americana". En: Última Tule y otros ensayos (pp. 230-235). Caracas: Biblioteca Ayacucho.
- Romero, José Luis. (1980). "III. La universidad". En: La experiencia argentina y otros ensayos (pp. 349-401). Buenos Aires: Belgrano.
- . (1988). La vida histórica. Buenos Aires: Sudamericana.
- Sanín Cano, Baldomero. (1912). "Las universidades y el espíritu nuevo". Hispania, (11), 346-347.
- . (1945). "Respuesta del Maestro Sanín Cano". Revista Universidad de Antioquia (71-72), 447-452.
- Sarmiento, Domingo Faustino. (2010). De la educación popular. Buenos Aires: Nuevo Extremo.
- Steger, Hans-Albert. (1974). Las universidades en el desarrollo social de América Latina (pp. 262-292). México: Fondo de Cultura Económica.